

Las preocupaciones prácticas ocupan el primer plano, sin duda: aguijoneado por la gravedad del paro y de la exclusión social, Jesús Camarero se siente urgido a discutir respuestas concretas, directrices de política económica y social. Falta, en cambio, en el libro un debate más a fondo con los presupuestos del neoliberalismo, y quizás un análisis más pormenorizado de las críticas que dirigen los neoliberales contra el Estado de bienestar en su reciente desarrollo histórico. Pero sobresale por encima de todo la urgencia por reconstruir ese Estado de bienestar, ante la evidencia de que su reciente desmantelamiento sólo ha servido para incrementar los índices de exclusión social en nuestras sociedades desarrolladas.

Idefonso Camacho Laraña S.J.

ECONOMÍA

LAFONTAINE, O y MÜLLER, C. (1998), *No hay que tener miedo a la globalización. Bienestar y trabajo para todos*, Biblioteca Nueva, Madrid, 333 págs.

En pocas palabras, este libro contiene una decidida defensa de la economía social de mercado a partir de la experiencia alemana y frente a las desviaciones que se critican a la era Kohl. Pero esta defensa exige hoy una actua-

lización para convertir el modelo en *economía social y ecológica de mercado*. Por otra parte dicho modelo, no sólo vale para Alemania y otros países particulares, sino también para la Unión Europea e incluso para organizar la economía mundial. Y todo eso hay que reafirmarlo con objeto de salir al paso de las dificultades que se aducen para la supervivencia de dicho modelo desde el contexto de la globalización. De ahí el título «No hay que tener miedo a la globalización», lo que en el fondo significa: la globalización no es un obstáculo –como tantas veces se dice– para la viabilidad de la economía social y ecológica de mercado.

Este breve resumen permite comprender que el libro abre perspectivas y ofrece alternativas frente al pensamiento dominante, tan marcado por la ideología neoliberal. Sólo por este motivo resulta atractivo desde su primera página. La personalidad de su autor principal y el papel relevante que le ha cabido en el escenario político alemán como alternativa a Helmut Kohl, aunque sean circunstancias más extrínsecas, contribuyen también a incrementar el interés del lector.

El libro comienza con un capítulo consagrado a deshacer algunos tópicos sobre la globalización. Porque, más que de globalización en el sentido pleno, habría que hablar de incremento de las relaciones económicas, comerciales y financieras dentro de determinadas áreas geográficas: el comercio se ha incrementado sobre todo en la Unión

Europea, y entre ésta, Estados Unidos y Japón; y el 70% de las inversiones directas se concentra en Estados Unidos, Europa occidental y Japón. La misma competencia en cuanto a la mano de obra, que tanto alarma, es también limitada: afecta más a la mano de obra no cualificada que a la cualificada. Dos cosas, sin embargo, preocupan: el proceso de redistribución de la renta en favor del capital y de la empresa, y en perjuicio del trabajo; el dominio de los mercados financieros, y de la economía financiera en general, sobre la economía real.

Los autores de este libro no dudan que el mercado no basta para regular la economía. Insisten por doquier en la necesidad de que exista una instancia reguladora, una ordenación del mercado, unos objetivos sociales. Este fue el modelo cuyas bases se sentaron en Alemania en los años 50, como reacción a experiencias anteriores. Sus resultados permiten considerarlo hoy como modelo válido, no sólo para la organización socioeconómica de los países, sino también para la Unión Europea: incluso merece la pena que se plantee su implantación en todo el mundo. Es preciso, por tanto, promover un ordenamiento fuerte, no sólo a nivel estatal, sino europeo y mundial: y ello implica restituir sus derechos a la política, a la que el radicalismo mercantilista ha declarado una guerra a muerte.

Ahora bien, ese modelo de economía social de mercado exige hoy ser

ampliado introduciendo la dimensión ecológica. Estas dos dimensiones, la social y la ecológica, constituyen dos ejes de toda la obra y exige una mayor atención.

Recuperar la dimensión social de la economía significa ante todo un golpe de timón respecto a la tendencia dominante en estos momentos, tendencia que se desarrolla bajo el miedo a la globalización. Se ha impuesto una estrategia de competencia destructiva: reducción de salarios y costes laborales, reducción de los impuestos empresariales, reducción de los requisitos medioambientales. Pero ese camino es erróneo: la economía de los países desarrollados —y muy especialmente la alemana— saldrá adelante con una competencia eficiente, basada en la calidad, en el crecimiento y en la productividad, en la innovación, en llegar al mercado con los productos antes que lleguen otros. Es más, el principal problema de los países industrializados no viene de la competencia de los países donde los salarios son muy bajos, sino de la competencia entre ellos por disminuir los costes en esa carrera absurda de competencia a la baja. ¿No se ha caracterizado siempre la economía alemana por su competitividad, a pesar de sus salarios altos, su menor jornada laboral y sus altas prestaciones sociales? Por otro lado, este enfoque de la actividad económica está conduciendo de hecho a una reducción del crecimiento, que termina perjudicando a las empresas mismas y a la economía toda.

La dimensión ecológica no puede considerarse aisladamente, sino en relación con esta funesta tendencia que se acaba de denunciar. Muchas empresas viven una contradicción entre economía y medio ambiente. Y, sin embargo, la doctrina económica incluye el medio ambiente dentro del axioma de la racionalidad económica de lograr con el mínimo empleo de medios un determinado objetivo. Desde el siglo XIX se ha venido ahorrando el trabajo porque resultaba el factor que se encarecía más, y ello ha supuesto recurso creciente y irrestricto al medio ambiente porque los costes derivados de ese comportamiento no se incluía en los costes de producción. También aquí se impone un giro de timón: no seguir abaratando el trabajo, sino encarecer el uso del medio ambiente. Es preciso replantear toda la producción para hacerla más ecológica: revisar la abundancia de productos desechables, baratos y de corta duración; reexaminar la tendencia a la «producción ajustada» (just in time), que incrementa el tráfico, sobre todo en las ciudades, hasta el bloqueo; evolucionar hacia una producción de máxima calidad y durabilidad, vendiendo más servicios que productos; matizar el reciclado como solución, a la vista de sus importantes limitaciones (nunca es total, lo reciclado es de peor calidad).

En resumen, «entre lo que es razonable para una empresa aislada y lo que lo es para el conjunto de la economía media un mundo. Esto no sólo vale para la protección del medio ambiente, sino

para los costes del desempleo también, que son causados por las estrategias empresariales de reducción de costes pero deben ser asumidos por el conjunto de la sociedad» (pág 149). Frente a los fines lucrativos de las empresas privadas en una economía de mercado, la sociedad tiene que velar por otros intereses más globales.

En resumen, una de las propuestas centrales de libro es la nueva armonía entre trabajo y medio ambiente. Eso implica una política de precios reales de los productos, que provoque un uso más ahorrativo de las materias primas y de la energía. Para ello se propone una reforma del impuesto ecológico, de modo que su aumento repercuta en las empresas y en los presupuestos privados mediante una reducción de los gastos salariales adicionales. En resumen, «el encarecimiento de la energía y de las materias primas y el abaratamiento del trabajo contienen, en términos de economía general, sólo efectos positivos: una menor carga sobre la naturaleza, ya que un comportamiento no contaminante también merece la pena financieramente; una competitividad mejorada de la economía alemana, porque sus productos y procesos tienen más futuro que los de otras naciones industriales; y, finalmente, un aumento del empleo, porque la creación de nuevos puestos de trabajo volverá a ser rentable» (págs. 187).

Desde estos presupuestos se aborda también el tema crucial de la crisis del empleo. Los autores piensan que el pleno empleo sigue siendo un objetivo posi-

ble, al tiempo que rechazan el modelo americano que conduce a la multiplicación de los «working poors». Pero para alcanzarlo dentro de una economía que no renuncie a los objetivos sociales, no basta con políticas dirigidas al mercado de trabajo (que también son necesarias, como por ejemplo la reducción de la jornada laboral en todas sus variantes), sino que es preciso abordar políticas macroeconómicas: además del establecimiento del impuesto ecológico con la consiguiente disminución de los costes laborales, ya mencionado, hay que propiciar un crecimiento económico fuerte y sostenido. En este sentido, los autores se muestran muy críticos respecto a la orientación de la política monetaria de la Unión Europea (que es fiel reflejo de la alemana) de centrarse casi exclusivamente en la estabilidad de precios.

La propuestas de Lafontaine y Müller tienen un alcance global, pero no cabe duda que estas páginas están muy marcadas por la urgencia política de hacer la crítica a la política democristiana de Helmut Kohl. Aunque el tema está presente de forma continua, hay un capítulo dedicado expresamente a la cuestión. En él se sintetizan en siete los errores que Kohl ha cometido. Por su interés y porque reflejan bien el contenido de toda la obra los reproducimos a continuación:

1) La globalización es la culpable de todo (ya que ha hecho no competitiva a la economía alemana, infinanzable la seguridad social, insoportable la carga fiscal).

2) Lo que es correcto para una em-

presa no puede ser equivocado para el país.

3) La mejor política económica es no tener política económica.

4) Si la exportación va bien, todo va bien.

5) La reducción de gastos mejora las condiciones de competitividad de la economía nacional.

6) Bajos impuestos a las empresas = ganancias elevadas = más inversión = más puestos de trabajo.

7) La redistribución de abajo arriba fortalece la dinámica económica.

La impresión que se tiene al leer la obra es doble: suscita optimismo en el lector, sobre todo si está ya algo cansado de las recetas neoliberales y es consciente de que ya resulta difícil ignorar sus limitaciones; pero suscita también una cierta perplejidad sobre la viabilidad de las propuestas. La primera de esas sensaciones es quizás más estimulante, por su fuerza crítica y creativa; precisamente por eso uno quisiera haber visto una discusión más pormenorizada de algunos puntos. ¿No hay una excesiva infravaloración de la globalización? ¿No hay una insuficiente atención a las condiciones actuales de la economía en general? Pero el debate, evidentemente, no está cerrado: este libro lo lanza, y probablemente no quedará sin réplicas. Esperamos que esas reacciones contribuyan a enriquecer el pensamiento económico, tan empobrecido y unidireccional en los últimos tiempos.

Ildelfonso Camacho Laraña S.J.